

Las directrices de la política exterior de Italia (1878-1896): Las fuerzas profundas.

FERNANDO GARCÍA SANZ *

En febrero de 1895 comenzaba en Cuba una guerra que iba significar el final del antiguo imperio colonial español. Por las mismas fechas, pero en las torturadas tierras del Africa Oriental, Italia cerraba el último capítulo de su primer intento colonialista después de la unificación.

España derrotada en Cuba, e Italia en Auda (Etiopía), ponían de manifiesto una de las realidades progresivamente más patentes en aquellos años: la exclusión de las pequeñas potencias (más claro en el caso de España) de toda posibilidad de ambicionar grandes conquistas coloniales. Era también evidente la diferencia entre los dos países mediterráneos: España *defendía* la posesión de Cuba mientras que Italia intentaba la *conquista* de Etiopía.

Defender y conquistar, dos conceptos opuestos que están en relación con la política exterior que ambos Estados intentarán llevar adelante: neutralidad española y compromiso italiano. Intento este último de elevar a Italia al nivel de las grandes potencias. Algunos de sus estadistas entendieron que una política con estas aspiraciones pasaba por una acción exterior activa y ambiciosa, donde la baza colonial, baza de los grandes, fuese una de sus principales bases de apoyo. Esto creará no sólo una dicotomía aspiraciones/medios, sino que también, como afirma Decleva, se llevará a cabo sin unidad de ideas en los órganos decisorios del Estado y con la casi permanente oposición de la gran mayoría de la opinión pública ¹.

* Instituto de Historia. Roma.

¹ «Sulla via da tenere, sui costi da pagare, sui pericoli da correre il consenso mancava, o bisognava a volta a volta costruirlo a prezzo di difficoltà anché notevoli e lasciandosi alle

En el presente trabajo analizaremos las bases con las que contaba Italia para llevar a cabo su política exterior. Nada mejor para ello que analizar sus «fuerzas profundas» según el esquema trazado por Renouvin y Duroselle ².

EL FACTOR GEOGRÁFICO

La posición geográfica de Italia va a condicionar de forma determinante su política exterior.

Limitando al Norte con Francia, Suiza y Austria-Hungría (introducida como una cuña dentro del propio territorio italiano) va a tener que participar obligadamente de la política que dimana de Centroeuropa.

Por otro lado, la península italiana tiene una incontestable presencia en el Mediterráneo que, a través de los siglos, sirvió de vehículo de expansión y unión del pueblo latino con otros pueblos meridionales. Esta presencia mediterránea se ve incrementada por la situación geográfica de las islas italianas: al Oeste, Cerdeña pone a Italia en contacto insular con la vecina Francia a través de Córcega. Al Sur, Sicilia sirve de puente a la penetración de la influencia italiana en África, distante tan sólo 180 Km. Este hecho, la proximidad a las costas africanas de Túnez junto con la proximidad de la península a la entonces conflictiva zona balcánica, hacen de Italia un punto de obligada referencia a la hora de dirimir algunos de los problemas más importantes de aquellos años de fin de siglo: los litigios en el Norte de África, el mantenimiento del *statu quo* en el Mediterráneo o la cuestión del imperio turco.

El factor geográfico en su vertiente interna (el modo en que las características geográficas de un Estado condicionan el desenvolvimiento normal-político, económico y social de sus habitantes) es también un factor determinante de la política exterior.

Los, aproximadamente, 300.000 km² del territorio nacional italiano, contienen un conjunto de sectores geográficos claramente diferenciados: Un sector continental, limitado al Norte por los Alpes, al pie de los cuales se abre la gran llanura padana; un sector peninsular que se extiende de NO a SE a lo largo de 1.000 km., recorrido a modo de espina dorsal por los

spalle margini di dissenso no irrelevanti». Vid. E. DECLEVA: «Tra "racoglimento" e "politica attiva": La politica estera nella stampa liberale italiana (1870-1914)» en *Opinión pública y política exterior*, actas del coloquio organizado por la Escuela francesa de Roma y el Centro per Gli Studi di Politica Estera e Opinión pública de la Universidad de Milán, celebrado en Roma 13-17 de febrero de 1980. Ed. Escuela Francesa, Roma 1981, p. 429.

² Vid. P. RENOUVIN y J. B. DUROSSELLE: *Introducción a la política internacional*. Madrid, 1968, p. 2.

Apeninos; por último, un sector insular en el que destacan Sicilia, con 25.246 km², y Cerdeña, con 24.089 km².

En cuanto a las principales características climáticas, los Alpes se encargan de cerrar la península a las influencias continentales, mientras que los Apeninos crean una disimetría meteorológica entre las costas tirrena y adriática. Al mismo tiempo, el régimen pluviométrico también mantiene diferencias geográficas destacadas.

La riqueza del suelo italiano es algo que, según Federico Chabod, se ha convertido en una falsa leyenda ³:

«No es cierta la leyenda que mantiene que Italia posee una tierra rica (...). Sólo el 20 por 100 del territorio nacional es una llanura rica, constituida por buenas tierras de alta capacidad productiva y de alta rentabilidad.»

Efectivamente, no existe identidad entre extensión de tierras en cultivo y la producción. Teóricamente, la mayor producción por unidad de cultivo correspondería a las grandes extensiones del sur peninsular; pero no es así, son las comarcas del norte de la península las que obtienen mayor rentabilidad con una extensión cultivada más pequeña ⁴.

En cuanto al subsuelo se refiere, Italia carece de los elementos energéticos fundamentales para la época que estamos tratando: el carbón mineral y el hierro. A grandes rasgos, podemos afirmar que Italia es un país pobre dentro de este importante apartado de la economía de los Estados.

Las principales fuentes de riqueza, siempre dentro de las características del subsuelo, están localizadas en puntos muy determinados: las piritas y el mercurio en Toscana; plomo y cinc en Cerdeña y el azufre en Sicilia.

EL FACTOR DEMOGRÁFICO

Según el censo de 1871, el territorio geográfico que hemos descrito estaba habitado por 26.801.055 personas. Diez años más tarde, el censo de 1881 estaba compuesto por 28.459.628 habitantes. Estas cifras señalan un aumento de población intercensal de 1.658.574, lo que no corresponde a las

³ CHABOD F.: *l'Italie Contemporaine*. Conférences donnés à l'Institut d'Etudes Politiques de l'Université de Paris. Paris, 1950, p. 20. Para esta misma polémica es muy útil la consulta de la obra de VALERI, N.: *La Lotta politica in Italia dall'unità al 1925. Idee e documenti*. Firenze, 1973, pp. 34 y ss.

⁴ La agricultura del Sur (península más las islas) englobaba un total del 63 por 100 de las tierras productivas, mientras que su producción no excedía mucho del 50 por 100 del total nacional. Las tierras más fértiles se sitúan en la gran llanura del Po que se extiende de Oeste a Este en forma triangular abierta al Golfo de Venecia, limitada al Norte por los Alpes y al Sur por los Apeninos cubriendo una superficie de aproximadamente 46.000 Km², lo que equivale a más del 1 por 100 de la superficie total de Italia.

cifras de crecimiento real según las tasas de natalidad y mortalidad del país. La diferencia existente se debe a lo que ya desde 1880 se convierte en un vehículo de pérdida importante de población: la emigración. El fuerte crecimiento italiano, el más alto de Europa, se va a ver frenado por esta causa, adquiriendo un impulso notable, sobre todo en los últimos veinte años del siglo XIX ⁵. El impulso emigratorio en Italia, al igual que ocurre en otros países de la cuenca mediterránea, se ve originado, en primer término, por la superpoblación del sur de la península, sobre todo en su región de Nápoles; en segundo lugar, las características económicas del país, aún eminentemente agrario, unidas a una fuerte densidad de población y al régimen de propiedad de la tierra, hacen que los italianos se lancen a buscar en el exterior la posibilidad de mejores condiciones de vida.

También podemos aludir a una serie de factores externos que crean el clima adecuado para el fenómeno migratorio. Estos, según Candelero, podrían ser los siguientes ⁶:

«La emigración fue fuertemente estimulada, de un lado, por la industrialización acelerada de los Estados Unidos y por la colonización de vastísimas tierras vírgenes en los Estados Unidos, Canadá, Argentina y Brasil, y de otro por el excedente de mano de obra determinado en los distintos países de Europa por la revolución demográfica y por la entrada de los mismos países en el área económica del capitalismo.»

Hasta 1886 el mayor número de emigrantes se dirige a países de Europa o a otros territorios de la cuenca mediterránea, manteniéndose bajo el nivel de salidas hacia países transoceánicos. A partir del quinquenio 1886-1890 aumenta el volumen total de emigraciones en su mayor medida debido a la agudización de la crisis agraria que comenzará a hacerse sentir en Italia a partir de 1881, coincidiendo su fase más aguda (1893-94) con un mayor incremento de la emigración.

⁵ Las medias anuales de emigrantes para el periodo 1866-1900 se pueden desglosar de la siguiente forma:

| Años | Total | A Europa y países mediterráneos | Emigración transoceánica |
|-----------|---------|---------------------------------|--------------------------|
| 1866-1875 | 247.435 | 195.249 | 46.869 |
| 1876-1885 | 262.837 | 177.347 | 85.590 |
| 1886-1900 | 788.643 | 348.294 | 440.349 |

FUENTE: Instituto Centrale di Statistica (ISTAT). *Sommario di statistiche storiche italiane 1861-1925*. Roma, 1958, pp. 55-56.

Nápoles era la ciudad más poblada de la península. Contaba en 1881 con 481.419 habitantes y en 1901 con 547.503.

⁶ CANDELORO, G.: *Storia de L'Italia Moderna*. Milano, 1981. VI «Lo sviluppo del capitalismo e del movimento operaio», p.184.

Según el censo de 10 de febrero de 1901 (en 1891 no pudo hacerse por motivos económicos) Italia poseía una población de 32.475.253, con un aumento de 4.015.625 respecto al censo de 1881, y 2.551.436 emigrantes.

Estas cifras otorgan a Italia el cuarto puesto entre los Estados más populosos de Europa detrás de Alemania, el Reino Unido y Francia. Demográficamente, por tanto, Italia estaba introducida en el círculo de las grandes potencias; y este hecho, en un momento en el que la fuerza de la razón, del derecho de los Estados, va cediendo terreno a la razón de la fuerza ⁷ adquiere suma importancia, ya que el rápido impulso demográfico de Italia, un aumento aproximado de seis millones en treinta años (1871-1901), «le aseguraba la ventaja de una mano de obra abundante que podría permitirle acrecentar su fuerza militar» ⁸.

EL FACTOR ECONÓMICO

El impulso demográfico no se vería acompañado sino muy lentamente de un similar impulso económico que pudiera, en primer lugar, situar a Italia entre las potencias industriales y que, en segundo lugar, pudiera dar acogida dentro del territorio nacional a todos los italianos.

Italia era aún en los últimos años del siglo XIX un país eminentemente agrícola. El mayor porcentaje de tierras cultivadas se situaba en el sur peninsular mientras que en el norte se localizaban los enclaves más importantes del nuevo desarrollo industrial. El norte, a su vez, gozaba de una agricultura con altos rendimientos que iba a permitir la expansión de la industria próxima. Como vemos, Italia sufre de una dicotomía económica y social (norte industrializado frente a sur agrícola) que se hace extensiva a otros países mediterráneos.

Muchos han sido los autores que han tratado de explicar el porqué de una diferenciación económica tan neta dentro del Estado italiano achacándole a factores de muy diverso signo. S. B. Cloughe y C. Levi ⁹ han tratado de exponer desde una postura neutral los argumentos que desde el Norte y el Sur de Italia se dan a este problema:

⁷ JOVER, J. M.^a: *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial*. Madrid, 1979, p. 15.

En esta obra el profesor Jover dedica un capítulo a analizar el giro que dan las relaciones internacionales en la época del imperialismo cuando se impone «un darwinismo político-internacional que encuentra el sentido de la historia, precisamente en una desigualdad de las naciones (...); desigualdad resuelta a través de un ineluctable enfrentamiento, que expresa la lucha por la vida (...) clara manifestación de las concepciones darwinistas en el ámbito de la política internacional sería el famoso «Dying nations speech» pronunciado por Salisbury el 4 de mayo de 1898».

⁸ RENOUVIN, P.: *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX*. Madrid, 1982, página 467.

⁹ MORI, G. (dirig): *L'Industrializzazione in Italia (1861-1900)*. Bologna, 1981, p. 212.

«Los meridionalistas han tendido a explicar la diferencia en términos políticos sosteniendo que el Sur fue olvidado por los estadistas del Norte que guiaron la unificación (...) y que ejercieron el poder en los años inmediatamente siguientes a 1861. Han sostenido que la expansión económica del Sur fue frenada porque las industrias meridionales debieron hacer frente improvisadamente a la competencia de las septentrionales, sin contar para ello con una adecuada protección tarifaria (...). Por otro lado, han afirmado que los gastos del Gobierno para obras públicas fueron muy superiores en el norte y que todos los mejores puestos de la Administración Pública fueron para los septentrionales (...)».

En oposición a este punto de vista, otros opinan, especialmente en el Norte, que «existían ya notables diferencias entre las dos zonas en el momento de la unificación, y han afirmado que la persistente dualidad no se puede explicar en el plano de la acción política, porque la importancia y la intensidad de la intervención del Estado no fueron suficientes como para cambiar el curso del desarrollo económico».

Emilio Sereni mantiene una postura intermedia entre las anteriormente expuestas, cuando afirma que lo que podía ser una diferencia económica superable con una adecuada política, fue convertido en una auténtica dicotomía con el desarrollo del capitalismo en Italia ¹⁰.

Para Candelero, los sucesivos gobiernos de la «sinistra» no sólo no van a alterar esta situación, sino que mediante sus respuestas a la gran crisis de los años ochenta y parte de los noventa, como veremos a continuación, van a garantizar el mantenimiento de la misma ¹¹.

El grave contraste existente entre el Norte y el Sur, hacía del Mezzo giorno la región más pobre y deprimida de toda Italia, lo que, unido a su gran densidad de población, la va a convertir en la región con mayor número de emigrantes y en constante foco de conflictos sociales, donde el hambre y la miseria juegan un papel fundamental.

¹⁰ SERENI, E.: *Capitalismo y mercado nacional*. Barcelona, 1980, p. 115.

Para este autor, es precisamente la unificación del mercado nacional, como primer escalón para el desarrollo capitalista, lo que desarrolla el dualismo Norte-Sur: «En el Sur, los amplísimos residuos feudales del campo, un débil desarrollo capitalista de la agricultura y una extensa limitación de los tráficos habían mantenido encerrada dentro de límites muy restringidos la acumulación capitalista que, en cambio, en Lombardía y en el Piamonte, estaba muy avanzada en el campo y alimentaba con relativa abundancia las nacientes industrias (...) Añádase a eso que las Dos Sicilias (...) pasaron, bruscamente, de un régimen de protección relativamente alto a un régimen de libertad aduanera; de un régimen de impuestos bajos a un régimen fiscal muy duro (...) El desarrollo capitalista, unificando el mercado nacional, acentuando el carácter mercantil de la economía italiana, transforma en contraste lo que era una simple disparidad, una diferencia de grado de desarrollo existente entre el Norte y el Sur».

¹¹ CANDELORO, G.: *op. cit.* pp.189-216.

Al igual que ocurría en la España de fin de siglo, el marco económico de Italia se debate entre el inmovilismo agrario y el apreciable desarrollo industrial, más notorio en el caso del país apenino.

En lo que se refiere a la agricultura, se mantenía la misma estructura existente antes de la unificación ¹²; es decir, atraso estructural y técnico. Bajo estas condiciones, el campo italiano tuvo que afrontar la crisis agraria general que comenzó a hacerse sentir en Italia en 1881, se agravó grandemente entre 1884 y 1888, alcanzando a partir de aquí a todas las actividades económicas y conociendo su fase álgida entre 1893 y 1894 ¹³.

Las causas principales de la crisis agraria general, como hemos tenido ocasión de mencionar anteriormente, fueron la puesta en cultivo de enormes tierras vírgenes en América, la construcción ferroviaria y los avances en la navegación a vapor que hicieron rápidos y baratos los transportes transoceánicos y trascontinentales con el consiguiente hundimiento de los precios locales ¹⁴.

La agricultura latifundista, la que más sufrió con el descenso del precio del grano, pudo ser salvada mediante medidas proteccionistas, que imponían fuertes cargas a los granos de importación. De esta forma, se salvó de una crisis que podía haber transformado su estructura ¹⁵:

«El proteccionismo y el desarrollo de la emigración (...) impidieron que la estructura latifundista del Mezzogiorno fuese alterada por la crisis agraria y permitió a la burguesía terrateniente meridional, aliada con los industriales proteccionistas del Norte, reforzar su propio poder político local y su influencia en el Parlamento y en el Gobierno.»

¹² *Ibidem* p. 200: «En efecto, la unidad italiana fue llevada a cabo bajo la dirección del partido moderado, que pensaba extender y consolidar el predominio de la burguesía agraria y mercantil sobre la base de la estructura económica y social existente en el campo.»

¹³ En la agudización de la crisis agraria italiana, jugó un papel muy importante la ruptura, en 1887, del Tratado Comercial franco-italiano firmado el de noviembre de 1881. Este hecho privó a Italia de un mercado tradicional para sus productos agrícolas y, a su vez, dejaba desabastecida a la nación de los productos franceses. Italia orientó entonces su comercio hacia los imperios centrales incrementando así los lazos que le unían a esos estados, y, por el contrario, dando argumentos a los que veían en Francia un auténtico enemigo. El Tratado de 1881 fue roto fundamentalmente por la ola de proteccionismo que barrió Europa a finales de los 80 y que tanto campesinos como industriales se decidieron a defender.

¹⁴ Según los datos de MORI, G.: *op. cit.* p. 354, durante el decenio 1871-1880 el trigo mantenía un precio medio de 3 libras por Quintal, para descender a 23 en el decenio 1881-1890 y mantenerse estancado hasta 1900.

En cuanto a la producción se refiere, los datos ofrecidos por el ISTAT: *op. cit.* pp. 159-161, nos muestran también una brusca disminución de la actividad. Por ejemplo, la producción de trigo pasa de los 40 millones de quintales durante el quinquenio 1876-80 a los 33 de media entre los años 1881-1900. El trigo es quizás el producto que sufre una oscilación mayor, pero la tónica general es hacia el descenso de la producción o hacia el estancamiento de la misma.

¹⁵ CANDIFLORO, G.: *op. cit.* p. 214.

A pesar de estas aseveraciones, el campo se va transformando a lo largo de nuestro periodo. Transformaciones que se producen desde el momento en que la política del Gobierno se encamina a la formación de un mercado nacional capitalista ¹⁶ comenzando por la creación de una red viaria lo suficientemente extensa como para romper la tradicional compartimentación de los mercados regionales o locales y que, desde el punto de vista político, se alcance una mayor integración nacional. De esta forma, de los 7.670 km. de vía férrea que existían en explotación en 1875 se pasa a los 15.480 km. veinte años después. Como complemento a la construcción ferroviaria, se intensifica el desarrollo y mejora de la red de carreteras. Así, de los 31.058 km. de carreteras nacionales y provinciales, más los 71.314 kilómetros de vías locales que existían en 1873, se transforman veinte años después en 45.873 km. y 85.000 km., respectivamente ¹⁷.

Como afirma P. Renouvin ¹⁸, «Italia figuraba aún en 1893 como pariente pobre entre las grandes potencias» a pesar de los denodados esfuerzos del Gobierno por producir un crecimiento rápido.

Varias son las causas que se aducen para explicar la debilidad, a pesar del crecimiento, de la industria italiana. Para E. Sereni, los principales factores de debilidad, dejando de lado el retraso técnico, estarían explicados por el escaso mercado interno que encuentran los productos industriales, basándose aquí la diferencia fundamental con las grandes potencias europeas ¹⁹:

«(...) La restricción de su mercado interior limitaba su empuje, le impedía competir no sólo en los mercados exteriores, sino también en el mercado nacional, con la industria de los países que, como Inglaterra y Francia, tenían a su disposición un amplio y rico mercado interior, y podían dar a sus empresas y a su producción dimensiones mucho más amplias y económicas que las que podían alcanzarse en la industria italiana.»

Estos argumentos, que se pueden transvasar fácilmente al caso español, no son los fundamentales para otros autores. G. Candeloro, a pesar de que reconoce el importante papel del mercado interno siguiendo un modelo de *industrialización tradicional*, considera que existían tres obstáculos fundamentales que se oponían al desarrollo industrial italiano: la inflación demográfica; el retraso técnico (unido a la escasez de mano de obra cualificada y la insuficiencia de la instrucción profesional) y el alto coste de los equipamientos industriales ²⁰.

¹⁶ Vid. SERENI, E.: *op. cit.* pp. 84 y ss.

¹⁷ *Ibidem.* pp. 89-90.

¹⁸ RENOUVIN, P.: *op. cit.* p. 467.

¹⁹ SERENI, E.: *op. cit.* p. 114.

²⁰ CANDELORO, G.: *op. cit.* pp. 225 y ss.

Otra característica de la industria italiana era su desigual distribución regional. Era muy neta la preminencia de Lombardía, del Piamonte y de la Liguria; mientras que otros núcleos de importancia se repartían por el Véneto y la Italia Central, en el Mezzogiorno existían solamente dos focos de industria moderna: Salerno y Nápoles.

Si de por sí resultaba difícil defender los productos agrarios y el desarrollo industrial en época de crisis general europea, la situación se complica aún más con el estallido de una crisis financiera en 1888²¹:

«Las dificultades coyunturales, entrecruzadas con el iniciado proceso de “nacionalización” de la economía italiana, determinaron una crisis que arrastró a todos los institutos bancarios, empezando por los más débiles, comprometidos en operaciones especulativas, y terminando en los más fuertes (...). Vieron disminuir sus reservas, sobre todo entre 1888 y 1891, en grandes cantidades de dinero.»

La solución a la crisis llegó de la mano de la reforma bancaria emprendida por Giovanni Giolitti siendo ministro de Finanzas en el segundo Gobierno de Francesco Crispi (6 de marzo de 1889-6 de febrero de 1891) y sancionándola en las Cámaras, el 8 de julio de 1891, durante su presidencia del Consejo (15 de mayo de 1892 a 28 de noviembre de 1893). La reforma consistía fundamentalmente en la fusión de los bancos de emisión y en el saneamiento, utilizando los términos de la propia crisis, y transformación radical de todo el sistema bancario.

De esta forma, Giolitti contribuyó a asegurar la base para una reanudación de la actividad financiera y económica que el país registró a partir de 1895, de forma paralela a la recuperación económica general.

En resumen, el Estado italiano intentaba preparar a la nación para crear dentro de su economía el desarrollo que le permitiera estar presente al lado de las grandes potencias, convirtiéndose en una de ellas. Por el contrario, la realidad del país era muy distinta, sobre todo en las tierras del Sur. Las preocupaciones fundamentales de muchos de los habitantes de estas regiones, por otro lado muy alejados de los proyectos de Roma, pasaban por la obtención del sustento diario, siendo la miseria y el hambre sus mayores enemigos. Este hecho persistía aún a mediados de los 90 cuando la crisis agraria comenzaba a atenuarse, y, a su vez, era percibido desde

²¹ GALASSO, G. (dirig): *Storia d'Italia*. Vol. XX. Torino, 1981, p. 561.

El sistema bancario italiano no era el más adecuado a los objetivos propuestos por el Estado en el sentido de crear rápidamente un gran aparato industrial ante un restringido mercado de capitales. Los bancos más importantes habían adoptado la costumbre de conceder préstamos a largo plazo a entidades privadas y de comprometer los capitales en nuevos negocios. Esto comportaba el riesgo de una larga inmovilización de los fondos y el inconveniente de hacer depender la misma existencia de la banca del buen éxito de determinadas especulaciones.

España como la gran contradicción de la nación italiana: la conjunción del hambre y la miseria con unos caros planteamientos de política de gran potencia. El *Correo Militar* de Madrid, publicaba el 3 de junio de 1896 la siguiente noticia bajo el título «El hambre en Italia»²².

«El pauperismo dominante en las campiñas de Italia ha hecho que en ciudades como Brozzi y sus cercanías hayan estallado algunos desórdenes causados por la miseria (...). La gravedad de aquellos sucesos ha hecho necesario el envío de algunas fuerzas militares para sostener el orden, cueste lo que cueste. Así es el mundo: los de arriba provocan con su política y sus tratados comerciales el hambre, y los de abajo se dejan morir de inanición o perecen a manos de la fuerza pública.»

El factor económico es, por tanto, un condicionante fundamental a la hora de formular la política exterior del Estado italiano. El estadista, que es quien debe llevar a cabo esta formulación, interpreta los condicionantes que se le imponen según sean sus percepciones de los mismos. En este caso, consideramos que existe una disfunción entre los planteamientos en política exterior que Italia lleva a cabo entre 1876-1896 y la realidad económica del país²³.

Los gastos que ocasionaba la pertenencia a la Triple Alianza, en la modernización y desarrollo del equipamiento militar, y los desembolsos dirigidos a sufragar las expediciones coloniales era algo que podía entrar en las cuentas de un gran Estado del *status* de Alemania o Gran Bretaña, grandes potencias, pero nunca dentro de los márgenes económicos de Italia. De esta forma las acciones exteriores se van a ver limitadas cuando los gastos hagan peligrar el preocupante equilibrio presupuestario²⁴.

²² El de junio de 1896 publicaba *El Imparcial* una noticia en el mismo sentido que la anterior y bajo el mismo título: «el hambre en Italia»: «En San Angelo, donde la situación de las clases pobres es verdaderamente desesperada por la falta de cosechas y los enormes tributos que pesan sobre la producción, las turbas han saqueado las panaderías»

²³ Vid. VAUSSARD, M.: *Historia de Italia Contemporánea*. Barcelona, 1961, p. 51.

Intenta este autor presentar esta realidad que hemos descrito. Para ello expone una tabla donde figuran los salarios de distintas categorías profesionales comparándolas con alguno de los gastos que se realizaban en equipamiento militar:

«Un trabajador agrícola ganaba (a mediados de los años 80) una lira diaria sin la comida (...). Un albañil, 0,90; una mujer, 0,80. El sueldo anual de los profesores en los liceos e institutos técnicos oscilaba entre 1.900 y 2.400 liras (...). Un profesor de Universidad ganaba 5.000 liras anuales con quinquenios de 500 liras (...). Al mismo tiempo, Italia construía en sus astilleros los acorazados más grandes del mundo, cada uno de los cuales costaba de 22 a 25 millones de liras. Destinados a visitar el fondo del mar al primer tropiezo —advertía irónicamente Laveleye en sus «Lettres d'Italie»— e incluso incapaces de realizar cruceros por ser demasiado difíciles de manejar.»

²⁴ Una simple ojeada a los datos que ofrece P. ERCOLANI en: «Documentazione statistica di base», en *Lo sviluppo economico in Italia*. Milano, 1975, vol. III, p. 442, referidas al presupuesto del Estado podemos observar cómo el capítulo de gastos no sufre ninguna alteración

De cualquier forma, las dotes del estadista pueden modificar el juego de las «fuerzas profundas» e incluso servirse de ellas para sus propios fines. De ahí que el estudio de las ideas personales del hombre de Estado sazonadas con las ideas del grupo que representa, nos den un marco mucho más completo de todas las circunstancias que intervienen en el proceso de formación de decisiones.

LA POLÍTICA INTERNA: EL SISTEMA DE PARTIDOS

En la práctica, hasta el nacimiento del Partido Obrero Italiano en 1882 el concepto de «partido» en Italia tenía un significado muy elástico. En realidad tendía a indicar no un aparato organizado, sino la unión, en el plano político, de una serie de hombres (generalmente con mucha influencia en distintos ámbitos de la vida social, económica, etc., de Italia) que profesaban las mismas ideas y agrupados en torno a un líder reconocido.

El 8 de marzo de 1876, la derecha, en el poder desde 1861, caía clamorosamente con ocasión de una discusión parlamentaria. Este hecho venía anunciado ya desde las elecciones de 1874, cuando se vio la pérdida de apoyo que sufría la mayoría de derechas al mismo tiempo que en el Sur del país surgía una mayor atención por la izquierda.

En las elecciones del 5 de noviembre de 1876, la victoria de la mayoría de izquierdas fue abrumadora: 441 diputados contra 94.

Sin embargo, a pesar de la mayoría, poco había cambiado. A las rencillas personales que existían en la derecha, sustituía una izquierda dividida en numerosas facciones que obligaban a constantes compromisos. En efecto, la existencia de un Gobierno estable se va a basar más en los compromisos personales entre dirigentes destacados, que en la plasmación de una ideología política como manifestación práctica de la teoría de un partido²⁵.

A toda esta serie de dificultades tuvo que enfrentarse en primer lugar Agustino Depretis (1813-1887), viejo revolucionario, amigo de Mazzini y de Garibaldi, y uno de los jefes de los Mil. Supo evolucionar de la extrema izquierda, grupo que encabezaba en la oposición parlamentaria, hacia el centro-izquierda cuando se convirtió en presidente del Consejo. Para

cuantitativa entre 1889-1896 (Uccialli-Adua), si no es para disminuir. Si bien se puede alegar que, a pesar de no aumentar el montaje global de los gastos del Estado, las cantidades dedicadas a política exterior o política colonial podrían haber aumentado disminuyendo los gastos de otros capítulos, esto no es óbice para reafirmar las aseveraciones que se hacen en el presente trabajo: la mayor ambición del Estado en política exterior se hace a costa de «abandonar» otros aspectos de la política interna. Todo ello con el telón de fondo de la corta elasticidad de la economía italiana dibujada por los constantes esfuerzos en mantener el equilibrio presupuestario.

²⁵ Vid. G. CANDELORO: *op. cit.*, pp. 101-112.

mantener siempre una mayoría parlamentaria a su favor utilizó la táctica denominada «transformismo», que no era otra cosa que la plasmación en la acción política de la división interna de la «sinistra»²⁶.

Efectivamente, mientras la facción progresista de este grupo tendía a ensanchar la base del Estado con un impulso democrático en dirección de una política de reforma; la facción moderada, bajo el intento de absorber la base social de la derecha, frenó y en parte liquidó la política reformadora abocando en el transformismo.

La diferencia de las bases sociales de ambos bandos, «destra» y «sinistra», eran muy poco netas. La derecha, sobre todo en los últimos años de su gobierno, tendía a representar ante todo a la burguesía agraria del Norte y del Centro, así como a los grupos industriales mayoritariamente septentrionales; la izquierda representaba la pequeña y mediana burguesía centro-septentrional y la burguesía del Sur del país.

En cuanto a las formas de gobierno de ambas tendencias, las diferencias que se establecen son más claras²⁷:

«Los primeros (la derecha) tenían una postura hacia las masas populares que era una mezcla de miedo y paternalismo y tendían a gobernar como una oligarquía de casta: los segundos (izquierda) eran, o decían ser, más abiertos a las exigencias de progreso, de educación del pueblo y de participación de nuevos estratos sociales en la vida política. Los primeros eran en su mayoría favorables a una política prudente con respecto al papado y la Iglesia; un poco por cálculo y un poco por las reminiscencias del catolicismo liberal, del cual provenían muchos de ellos; los segundos eran decididamente laicos y anticlericales, fuertemente influenciados por la masonería, de la cual todos, o casi todos, formaban parte.»

La izquierda en cuanto alcanzó el poder, igual que ocurrió con la derecha, comenzó a perder su cohesión, desgajándose en subgrupos cuya única diferencia respondía a razones de carácter personal entre los distintos líderes. Así, dentro de la mayoría existía una izquierda «ministerial» (grupo que apoya sin reservas la obra del Gobierno) y una izquierda «disidente» que ofrece su apoyo a cambio de ciertas condiciones. Este grupo estaba encabezado por G. Nicotera y F. Crispi. Este panorama que respondía fundamentalmente a las elecciones de 1880, se hizo aún más complicado en 1883 cuando, tras la reforma electoral de Depretis que amplió la base de

²⁶ Para M. VAUSSARD: *op. cit.*, pp. 45-48, también existe una cierta confusión en lo que a las bases sociales de derecha e izquierda se refiere: «los nuevos gobernantes pertenecían al mismo medio social, tenían una formación intelectual similar (...). La izquierda quería ampliar la clase de los nuevos gobernantes, llamando a participar en el Gobierno a ese elemento local, burgués, que había permanecido al margen de la revolución (...). Mas derecha e izquierda querían gobernar desde arriba (...). Las diferencias entre ellos eran mínimas».

²⁷ G. CANDELORO: *op. cit.*, p. 103.

votantes al cuádruple de la existente ²⁸, Zanardelli y Baccarini salieron del Gobierno Depretis, uniéndose al grupo de la izquierda «disidente» y fundando una nueva formación parlamentaria, caracterizada por ir en contra del transformismo, denominada «pentarquía» (Cairolí, Nicotera, Crispi, Zanardelli y Baccarini). Esta formación fue disuelta cuando Crispi, su máximo exponente, alcanzó el poder en 1887 intentando, con un giro hacia la derecha, aglutinar a los antiguos seguidores del desaparecido Depretis.

La derecha, por su parte, fue poco a poco intentando una nueva y más fuerte unión que pudiera combatir con el Gobierno de la «sinistra».

A principios de la década de los 80, los apuros de Depretis en buscar rápidamente una nueva mayoría dócil, le hicieron acudir a personajes de la derecha caracterizados por un talante más progresista. Así, esta formación se dividió entonces en tres tendencias fundamentales: una dirigida por M. Minghetti, próxima al Gobierno; otra, dirigida por Spaventa y Bonghi, calificada de «intransigente» negaba cualquier tipo de compromiso con el Gobierno; una tercera, dirigida por A. di Rudiní, en la que figuraban personalidades de la talla de Giolitti, Pelloux o Sonnino, se aproximaba a posiciones de centro, denominándose «transformista de derechas».

Cuando en 1891 Rubiní alcanzó la presidencia del Consejo, puso en práctica el «transformismo de derechas» que caracterizaba a su grupo político, aglutinando en torno a él a moderados «disidentes» e incluso a personajes de la izquierda como fue el caso de Nicotera.

Sin embargo, la oposición del ala izquierda de la formación de Rudiní, encabezada por Giolitti, acabó con su Gobierno en poco más de un año. Entonces accedió al poder Giolitti, explotando por enésima vez el traído y llevado transformismo que desfiguraba la claridad de las posiciones políticas de uno y otro bando, derecha e izquierda. La heterogeneidad de la base de su Gobierno hicieron de él un mandato efímero (15-V-1892-28-XI-1893). A partir de este año, «es difícil establecer con exactitud qué mayorías fueron de la «derecha» y cuáles de la «izquierda», porque el «transformismo» había hecho escuela y el solicitar votos de los grupos opuestos, para realizar un programa bajo la responsabilidad de un hombre perteneciente a un sector contrario, era casi normal.» ²⁹

A partir de 1896, debido a la crisis de Adua, la derecha se establecía en el poder, en una especie de transición, hasta que en 1900 lo haga definitiva-

²⁸ En las elecciones de mayo de 1880 tenían derecho a voto 621.896 personas (2,2 por 100 de la población total) y en las elecciones de octubre-noviembre de 1882, tras la reforma electoral de Depretis, eran electores de derecho 2.017.829 personas (6,9 por 100 del total de población).

FUENTE: R. ROMANELLI: *L'Italie liberale 1861-1900*. Bologna, 1979, vol. II, p. 449.

²⁹ Vid. F. LEONI: *Los partidos políticos italianos*. Madrid, 1963, p. 35.

mente. La característica fundamental de los últimos años del siglo XIX (1896-1900), con gobiernos de derechas, se centró en contrastar la importancia que los grupos obreros y de «extrema izquierda» habían adquirido, sobre todo a partir de las elecciones de 1895.

La «extrema izquierda» estaba formada por tres grupos, fundamentalmente: el Partido Radical, el Partido Republicano y el Partido Socialista (resultado de la sustitución del Partido Obrero Italiano por el Partido de los Trabajadores Italianos).

La característica fundamental de las tres formaciones era su actitud antimonárquica y antiparlamentaria. Su posición con respecto a la política italiana siempre se manifestaba en contra de cualquier actuación, fuera cual fuese, del Gobierno italiano. Generalmente engrosaban las filas del irredentismo, por tanto, firmemente opuestos a la permanencia de Italia en la Triple Alianza, y se manifestaban en contra de cualquier aventura colonial que pudiera empeorar la situación económica de Italia y, en particular, la lamentable situación de las clases más modestas.

El Partido Radical era el heredero político del Partido de Acción fundado por Mazzini en 1853. Estaba encabezado por A. Bertani, quien, a su muerte en 1886, fue sustituido por F. Cavallotti³⁰. En 1898, Cavallotti moría víctima de un duelo a manos del conde Ferruccio Macola. A partir de este momento, el Partido Radical da un giro a su tradicional política con su nuevo líder, Ettore Sacchi³¹:

«Sacchi era más sensible que Cavallotti a los llamamientos de la mayoría gubernamental y con él sufrió el partido la transformación —apuntada ya tímidamente con los acuerdos entre Cavallotti y Rudini— que debía llevarle al área gubernamental (...). De partido de oposición se convirtió en grupo legalista.»

El Partido Obrero (Partito Operario) nació el 17 de mayo de 1882, siendo su máximo dirigente Andrea Costa, ex seguidor del anarquismo de Bakunin.

En palabras de G. Galasso, «el Partido Obrero constituía la más compacta y autónoma organización obrera, contraria no sólo al reformismo y a la colaboración con las fuerzas políticas burguesas, sino también a la identificación entre el movimiento obrero y el socialismo»³².

Sin embargo, Andrea Costa no va a conseguir hacer de su partido la base del Partido Obrero-Socialista como intentaba. En 1892 será sustituido

³⁰ Felice Cavallotti (1842-1898) fue uno de los personajes más peculiares y polémicos de la vida política italiana de su tiempo. Escritor de cierta fama y acérrimo antagonista de Crispi, dejó a su paso por la política una larga serie de duelos que, al final, acabaron con su vida.

³¹ E. LIFONE: *Historia de los partidos políticos italianos*. Madrid, 1968, p. 110.

³² G. GALASSO: *op. cit.*, p. 541-542.

por el Partido de los Trabajadores Italianos con un carácter marcadamente más socialista. En 1893 esta formación política adoptará el nombre de Partido Socialista de los Trabajadores Italianos y en 1895 el de Partido Socialista Italiano (PSI); un año más tarde, sale a la luz el diario oficial del PSI, *¡Avanti!*.

Para Galasso, el nacimiento del Partido Socialista se sitúa en el punto de confluencia de dos procesos distintos que se desarrollaron dentro y fuera de las fronteras italianas: el primero es el nacimiento en Europa de los partidos socialdemócratas que habían aceptado la lucha desde el interior de las instituciones políticas existentes; el segundo es la crisis de las principales corrientes de la izquierda italiana: Partido Obrero, Republicanos y Radicales no adaptadas aún a las nuevas condiciones de la lucha social.

El Partido Socialista, de la mano de sus fundadores Filippo Turati y Anna Kuliscioff, fue «teorizado a la manera marxista no sólo como instrumento para la defensa en el plano teórico de los intereses de clase, sino como el arma de lucha, en todos los planos, de la clase obrera para conseguir la sociedad socialista»³³.

La base del PSI estaba formada por una serie de fascios, ligas, círculos de estudios sociales, sociedades de mutuo socorro, etc. Organizaciones que se traducían en los siguientes oficios: obreros de antigua industria manufacturera, sederos de Coino, laneros de Biella, canteros de mármol de Carrara, los estibadores del puerto de Génova, los ferroviarios, obreros de la construcción y las distintas categorías de artesanos (sombreceros, cocheros, pero sobre todo tipógrafos y panaderos).

No obstante, ahí la mayor característica del socialismo italiano, su mayor fuerza residía en el campo.

El movimiento obrero sufrió numerosos obstáculos y persecuciones. Sobre todo cuando la política interior estuvo en manos de Crispi, los socialistas y en general todo el movimiento obrero sufrieron una dura represión a resultas de la «insurrección siciliana» de 1893.

A pesar de ello, y en buena medida gracias a las sucesivas represiones que sufrieron, los llamados grupos de «extrema izquierda» finalizaban el siglo XIX dando a sus formaciones una estructura firme y organizada. Ya en las elecciones de 1895 radicales y socialistas fueron protagonistas de un espectacular avance al obtener 45 y 17 diputados, respectivamente. A partir de esta fecha, radicales, socialistas y republicanos sufrieron una evolución que, para los primeros, fue fatal al alinearse con las posturas «legitimistas» y para los últimos supuso una ruptura entre el grupo parlamentario, más identificado con las ideas del líder Giovanni Bovio en pro de una adecuación de los proyectos políticos a los «nuevos modos parlamentarios», y el partido que cada vez se aislaba más en su «intransigencia antimonárqui-

³³ G. ARFE: *Storia del Socialismo italiano 1892-1896*. Torino, 1965, p. 29.

ca»³⁴. Así, en las elecciones de 1900, que marcaban un nuevo giro hacia la derecha en la política italiana, los radicales obtuvieron 34 escaños, 33 los socialistas y 29 los republicanos.

No quedaría completa esta síntesis sobre los partidos políticos italianos sin hacer referencia a los católicos, durante muchos años apartados del sistema de partidos.

La famosa fórmula abstencionista «né eletti, né elettori» fue lanzada por D. Giacomo Murgoti en el diario *L'Armonia* el 8 de enero de 1861 y adoptada por varios grupos católicos intransigentes durante el decenio 1861-1871. Sólo después de la toma de Roma (1870), concretamente en 1874, el papa será favorable esplicitamente a la total abstención política. La promulgación ese año de la bula *Non Expedit* prohibía expresamente a los creyentes la participación en la vida política del país. No obstante esta directriz papal, el frente católico no era único; se encontraba dividido en dos fracciones fundamentales:

— Una corriente conservadora, también denominada «intransigente», estaba formada por aquellos católicos que anteponían la obediencia al papado a cualquier otro tipo de consideración. Se aglutinaban en torno a una organización de apostolado laico denominada Obra de los Congresos y de los Comités Católicos de Italia.

Los «intransigentes» se oponían a cualquier tipo de acuerdo entre el Estado italiano y el Papa que no satisficiera las pretensiones de éste en el sentido de recuperar los territorios perdidos.

— Una corriente «progresista», guiada por David Albertario, que había adoptado la denominación de Democracia Cristiana; sostenía que los católicos no podían alejarse completamente de la vida política y mantenían la necesidad de un acuerdo entre el papado y el Estado italiano bajo cualquier compromiso que fuese aceptado por ambas partes.

En 1889, Giovanni Toniolo fundaba en Padua la Unión Católica para los Estudios Sociales con claras alusiones a la lucha de clases. Sin embargo, el carácter eminentemente social de la Democracia Cristiana se va a ver impulsado claramente con la publicación de la encíclica *Rerum Novarum*. Galasso define de la siguiente forma el carácter que adquiere la Democracia Cristiana y que, según él, es su base de actuación durante la Historia Contemporánea de Italia³⁵:

«A la Democracia Cristiana Italiana le fue entonces confiado aquel “duplicé compito” que ha permanecido como una característica constante de esta corriente en la historia de la Italia contemporánea: inmunizar a las multitudes obreras y campesinas contra el contagio socialista y organizarlas como fuerza de reserva preparadas para entrar en acción, el día

³⁴ Vid. F. LEONE: *Historia de...*, op. cit., pp. 111-112.

³⁵ F. GALASSO: op. cit., p. 527.

en que la burguesía se viese obligada a pedir a la Iglesia (...) su intervención contra la revolución social.»

Más allá de las posiciones de Albertario o Toniolo se situaba el sacerdote R. Murri, abierto defensor de la intervención de los católicos en la política. Su actitud le llevó a presentarse en las elecciones de 1909, teniendo como base la Liga Democrática Nacional y el apoyo de los socialistas, gracias a lo cual obtuvo un acta de diputado. En 1909 fue excomulgado y en las elecciones que se celebraron cuatro años más tarde no obtuvo el escaño y, además, el grupo político que había liderado se desintegró rápidamente.

La «cuestión romana» seguirá dividiendo las fuerzas entre católicos y laicos, Estado e Iglesia, hasta que el problema sea definitivamente resuelto con los Pactos de Letrán de 1929.

En resumen, podemos afirmar que la inestabilidad política, basada en precarias coaliciones personales volubles a cualquier oferta de cambio que presente mejores condiciones o líderes con mayor carisma, es la característica esencial del sistema político italiano que abarca el último cuarto del siglo XIX. Una inestabilidad que, sin embargo, tuvo que afrontar los graves problemas de la política interna; atender a las necesidades de un país con muchas carencias en educación, sanidad, obras públicas, equipamientos industriales, financieros, etc.; controlar los movimientos reivindicativos cuasirrevolucionarios y vigilar atentamente el conflicto con el papado.

LOS ÓRGANOS DECISORIOS

Una vez analizados los factores que condicionan la política exterior, debemos estudiar cómo se elabora ésta política, quiénes se encargan de elaborarla y por qué se elabora de una determinada forma y no de otra.

El monarca, Presidente del Consejo y el poder legislativo encarnado en el Parlamento son los órganos que pueden influir en las directrices de la política exterior.

El peculiar sistema de «partidos» italiano hace que la Cámara sea un foro dócil a los puntos de vista del presidente del Ejecutivo. En caso contrario se intentará, como hemos visto, lograr esa mayoría necesaria que sea capaz de permitir el normal desarrollo de los proyectos gubernamentales. Durante el mandato de F. Crispi, el Parlamento pierde casi absolutamente sus funciones. Crispi intentó prescindir de él el mayor tiempo posible legislando por decreto. Esta acción no se podría haber llevado a cabo sin la aprobación de la única institución capaz de hacer dimitir al siciliano: el monarca.

En un sistema parlamentario como el italiano, el rey elige a la persona que ha de presidir su Consejo de Ministros en lógica con los resultados de

unos comicios electorales previos. Pero no siempre es a sí. En muchas ocasiones el monarca actúa influenciado por sus preferencias personales o sus propias ideas políticas que, en teoría, ha de obviar.

El rey puede hacer, pues, lo que hizo en realidad con Crispi: mantener a un político, contra toda opinión, porque sus directrices en política interior, pero sobre todo en política exterior, coinciden con sus aspiraciones personales.

Desde España se percibía el malestar de la clase política italiana ante este hecho, no sin cierta ironía. Un artículo publicado en *El Correo Militar*, de Madrid, el 25 de junio de 1895 decía lo siguiente ³⁶:

«El Rey Humberto, deseoso de dar público testimonio de aprecio a su Primer Ministro, Sr. Crispi, cuando es objeto de injuriosos y violentos ataques, por parte de las oposiciones, le saludó ayer a la hora del despacho dándole un abrazo y un beso en presencia de los demás ministros y altos funcionarios de Palacio.

Lo del abrazo pase, pero lo del beso... ¡besar a Crispi!... comprendemos que se «Crispin» los nervios de nuestros lectores.»

Humberto I (Humberto, Ranieri, Carlo, Enmanuelle, Giovanni, Maria, Ferdinando, Eugenio) nació el 14 de marzo de 1844, ascendió al trono de Italia el 9 de enero de 1878 a la muerte de su padre, Víctor Manuel II. De carácter más frío que su padre, «tenía un concepto mucho más autoritario de sus regias prerrogativas (...). trató varias veces de sustraerse a las indicaciones de la Cámara para hacer prevalecer sus puntos de vista políticos» ³⁷. Miraba con mucho temor los avances del socialismo (de ahí el valor que otorgaba a la rígida política interior de Crispi) y pensaba que Italia podía y debía jugar un papel de mayor relevancia en la esfera internacional; su apoyo a la política colonial de Crispi en Abisinia puso en peligro la credibilidad del rey y la estabilidad de la propia monarquía.

El que el rey no sea responsable de sus actos, hace que toda la carga vaya sobre el presidente del Consejo. Este va a ser el que formule las directrices de la política exterior y escoja a la persona encargada de llevarla a cabo en el ministerio correspondiente. En el caso de Francesco Crispi como presidente del Consejo, va a hacerse cargo también de la cartera de Exteriores durante sus dos primeros Gobiernos (1887-1889) delegándola en sus dos últimos en el barón Blanc (1893-1896), a pesar de que en la práctica siguiera dominando el ministerio.

Francesco Crispi (Sicilia, 1819-Palermo, 1901) es uno de los grandes políticos europeos del último cuarto del siglo XIX ³⁸. Abogado de profe-

³⁶ *El Correo Militar* de 25 de junio de 1895. El artículo se inserta en una columna habitualmente dedicada a los asuntos del exterior con el título de «A vista de pájaro».

³⁷ M. VNESSARD: *op. cit.*, p. 48.

³⁸ Algunos sectores de la opinión pública más favorables al político gustaban de llamarle el «Bismarck italiano».

sión, alternó la práctica jurídica con una febril actividad revolucionaria. En 1849 fue desterrado, refugiándose, en un curioso periplo mediterráneo, en Malta, Marsella, Atenas, Lisboa, manteniendo contacto en París y Londres con Mazzini y sus seguidores.

Participó también activamente en la preparación de los Mil junto a Garibaldi y Bixio. Desempeño sucesivos cargos políticos (Secretario de Estado, ministro del Interior, Hacienda, Asuntos Exteriores, etc.) su ideología fue evolucionando hasta que en 1865 publicó un folleto titulado «Repubblica e Monarchia» en el que afirmaba el valor unificador de la monarquía frente al disgregador de la república. Desde este momento, Crispi empezó a ser considerado como uno de los principales jefes de la izquierda monárquica. En 1876 fue nombrado presidente de la Cámara y un año más tarde ministro del Interior. En 1887 volvía a asumir esta cartera para, a la muerte de Depretis, asumir los poderes de la presidencia. Con un intervalo de dos años (1891-93) se mantuvo en el poder entre 1887 y 1896.

La personalidad de Crispi le hizo ser un personaje muy polémico entre sus conciudadanos. Querido por los que descaban una férrea actitud ante las revueltas sociales y el avance del movimiento obrero (*recordemos la dura represión que llevó a cabo en la sublevación siciliana de 1893*), profundamente odiado por los políticos de «extrema izquierda» opuestos a su actitud en política interior y a la peligrosa y costosa política exterior y colonial. Sin embargo, su paso por el Ministerio del Interior no fue del todo negativo, llevando a cabo reformas y leyes muy necesarias para la modernización del país (Ley General de Administración Provincial y Municipal; Ley de Sanidad e Higiene; Código Penal; Ley de Orden Público, etc.)³⁹.

Por lo demás, el programa político de Crispi se basaba en errores fundado. Según Galasso, aquél tenía sus raíces en la premisa de que la burguesía era entonces la única y verdadera protagonista, con pleno derecho, de la vida política italiana y que existía una homogeneidad social y política en los distintos grupos burgueses. Por tal motivo, continua Galasso, «el objetivo de hacer compatibles el desarrollo industrial del Norte y el desarrollo capitalista del Sur, unida a una política unitaria que fuese represiva con la lucha social y al mismo tiempo audazmente reformadora, debía revelarse forzosamente quebradiza»⁴⁰.

En política exterior, como veremos a continuación, podemos hablar de «revolución» desde que Crispi se instala en el poder en 1887. Revolución que no sólo atañe a los objetivos, sino también a la forma de abordarlos —con mayor agresividad y actividad— y a los medios que se ponen a su

³⁹ Cfr. G. CANDELORO: *op. cit.*, pp. 346-352 y HEARDER y D. P. WALEY: *Breve historia de Italia*. Madrid, 1966, pp. 170-174.

⁴⁰ G. GALASSO: *op. cit.*, pp. 556-557.

disposición. Crispi va a reformar hondamente la diplomacia siguiendo, a la hora de situar a sus representantes en las distintas sedes, criterios «prácticos» y, en muchas ocasiones, de afinidad personal. Cambio que, por otra parte, responde a una cierta aversión por el estamento diplomático.

LOS PRINCIPIOS DE LA POLÍTICA EXTERIOR

Desde 1861 hasta 1876-78, la política exterior italiana se va a caracterizar por una actitud similar a la de España durante la mayor parte de la Restauración: el recogimiento.

El principal objetivo por aquellos años consistía en asentar en el interior y garantizar frente al exterior, la reciente unidad nacional. La «cuestión romana» provocó la prudencia del Estado a la hora de encarar sus relaciones exteriores: garantizar el desentendimiento externo hacia los llamamientos del Papa y las fuerzas que le apoyaban era, en aquella hora, una cuestión fundamental.

Sin embargo, durante esta primera fase se van a llevar a cabo dos acciones que, dentro de su aparente intrascendencia, portarán una determinante influencia para el inmediato desarrollo de la acción exterior de Italia:

— El 8 de septiembre de 1868 se firma un Tratado de Comercio y Navegación entre Italia y Túnez. De esta forma comienza a difundirse en el ambiente italiano la idea de que Túnez, más pronto o más tarde, se convertiría en una posesión de Italia ⁴¹.

— El segundo hecho de importancia fue la adquisición, al jefe de una tribu dancala, del territorio circundante a la bahía de Assab (Mar Rojo) por parte de la compañía naviera Rubattino de Genova, el 15 de noviembre de 1869. El aparente carácter privado de esta operación no podía ocultar la participación del Gobierno italiano ⁴².

A partir de 1878 y hasta 1896, la política exterior italiana entra en una nueva y activa fase. Sin duda alguna, el eje que va a marcar su acción exterior lo constituye el Tratado de la Triple Alianza que se firma el 20 de mayo de 1882. A él accedió Italia tras la constatación de su debilidad y aislamiento internacional frente a las grandes potencias, a través de una doble derrota diplomática:

— Durante el Congreso de Berlín (junio-julio de 1878) el Gobierno italiano pretendía, frente al aumento de influencia que obtenía Austria-Hun-

⁴¹ Sobre la cuestión tunecina siguen siendo de gran utilidad las obras de L. DEL PIANO: *La penetrazione italiana in Tunisia (1861-1881)*. Padova, 1964; S. ANGLINI: «La crisis italo-tunisina del 1871», en *Rivista di Studi Politici Internazionali*, 1966, pp. 350-398; A. TORRE: «Tunisi, contesa fra Italia e Francia», en *Nuova Storia*, 1960, fasc. II, pp. 3-36, y F. SERRA: *La questione tunisina da Crispi a Rudini*. Milano, 1967.

⁴² *Vid.*, G. B. NAITZA: *Il colonialismo nella storia d'Italia (1882-1949)*. Firenze, 1975, pp. 49-50.

gria con la administración de Bosnia-Herzegovina, obtener compensaciones en los territorios irredentes. Sin embargo, Italia no consiguió otra cosa que poner de manifiesto su debilidad ante el concierto de las grandes potencias, y de una derrota diplomática se pasó a una crisis de Gobierno que dió entrada en el poder a la izquierda.

— El segundo acto que lleva a la firma de la Triple Alianza está representado por el enfrentamiento italo-francés sobre Túnez, litigio que termina con victoria francesa al establecer su protectorado sobre el país africano por medio de el Tratado de El Bardo, firmado el 12 de mayo de 1881⁴³.

Mediante la firma del Tratado de la Triple Alianza, Italia esperaba, en términos generales, obtener una posición de apoyo para su política exterior y, en particular, para aquellas dos cuestiones-ejes de su acción exterior que quedaban puestas de manifiesto por su doble fracaso diplomático: la cuestión balcánica y el *status quo* mediterráneo.⁴⁴ Bien es verdad que para ninguna de las dos cuestiones Italia obtenía garantías a través del tratado de 1882. Por ello, en su renovación de 1887 presionaron para completar el antiguo tratado a plena satisfacción. El éxito se puede decir que fue total: el Tratado de 1882 fue renovado y completado con otros dos tratados separados. Uno entre Italia y Alemania, garantizaba a Italia el *statu quo* del Norte de Africa y el apoyo de la aliada en caso de que este se viera roto por una intervención francesa en Tripolitania o Marruecos⁴⁵; el otro, entre Italia y Austria, comprometía a ambas potencias al mantenimiento del *statu quo* balcánico y, en el caso de que este no pudiera ser mantenido «nella regione dei Balcani e delle Coste ed isole, ottomane nell'Adriático e nel mar Egeo», ambas potencias se pondrían de acuerdo, antes de llevar a cabo cualquier acción sobre dichos territorios, bajo el principio de una compensación recíproca.

⁴³ En el momento de la firma de este tratado, Italia contaba en Túnez con una colonia aproximada de 11.000 personas. Era la colonia europea más numerosa del Norte de Africa. Ya en 1895 sumaban 55.000 personas y desde 1886 contaban con un periódico propio: *L'Unione*. En 1904, la colonia italiana en Túnez alcanzaba los 82.931 miembros y los 88.036 en 1911.

⁴⁴ Vid. L. SALVATORELLI: *La Triplice Alleanza. Storia diplomatica (1877-1912)*. Milano, 1939. Con una perspectiva más generalizada puede verse también la obra de A. TORRE: *La politica estera italiana*. Bologna, 1960, vol. II (1896-1914).

⁴⁵ «Se avvenisse che la Francia facesse atto di stendere la sua occupazione il suo protettorato o la sua sovranità, sotto qualunque forma, sui territori nord-africani, sia nel vilayet di Tripoli, sia dell'impero marroccino, e che in conseguenza di tal fatto l'Italia, per salvaguardare la sua posizione nel Mediterraneo credesse di dover essa stessa intraprendere un'azione sui detti territori nord-africani, oppure ricorrere, sul territorio francese in Europa, ai mezzi stremi, lo stato di guerra che ne seguirebbe fra l'Italia e la Francia costituisce *ipso facto* su domanda dell'Italia e a carico comune dei due alleati, il *casus foederis* con tutti effetti previsti dagli articoli 2 e 5 del suddetto trattato del 20 maggio 1882 come se simile eventualità vi fosse contemplata espressamente.»

La nueva situación internacional de 1887 (el resurgimiento de Francia, la agudización de la hostilidad austro-rusa en los balcanes y la tendencia cada vez más fehaciente de una aproximación franco-rusa) hizo posible que Italia hiciera vencer sus pretensiones en la renovación del Tratado de 1882.

La nueva posición italiana quedaba reforzada con un acuerdo por separado con Gran Bretaña firmado con tres días de antelación a la renovación de la Triple Alianza, el 17 de febrero. Por medio de este acuerdo, se comprometían al mantenimiento del *statu quo* en el Mar Negro, Egeo, Adriático y costa del Africa septentrional. Italia se comprometía a apoyar la acción de Gran Bretaña en Egipto mientras que ésta apoyaría a Italia en caso de que Francia intentase extender su dominio en el Africa Septentrional, especialmente hacia Tripolitania y Cirenaica.

Por último, en mayo del mismo año, Italia firma un acuerdo (llamado pomposamente «pacto secreto») con España, ratificado por Gran Bretaña y las aliadas de la Triple Alianza, de un tono similar al italo-británico anteriormente mencionado ⁴⁶.

Para Salvemini, «La Triple Alianza de 1882 tenía un único fin: la defensa recíproca contra una agresión de Rusia o de Francia. Los pactos de 1887 añaden a la alianza un nuevo fin: la consagración del *statu quo* en el Mediterráneo y en la península balcánica. Se trata siempre de una postura conservadora, defensiva, pacífica» ⁴⁷.

A pesar del éxito obtenido, quedaba un aspecto que la Triple Alianza no cubría bajo su protección: la acción colonial italiana en aguas del Mar Rojo.

En efecto, en 1882 el Gobierno italiano compraba a la Compañía Rubattino de Génova los territorios que ésta había adquirido en la bahía de Assab, en 1869. Tres años después un cuerpo expedicionario al mando del contraalmirante Caimi tomaba la ciudad de Massaua para el Gobierno italiano ⁴⁸. Por último, el 25 de enero de 1887 una columna de 500 soldados italianos fue literalmente barrida por el Ras Alula en las cercanías de Dogali. A consecuencia de esta grave derrota, cuando la toma de Massaua había despertado tantos entusiasmos poco tiempo atrás, Crispi se con-

⁴⁶ Vid. F. CURATO: *La questione marrochina e gli accordi mediterranei italo-spagnoli del 1887 e del 1891*. Milano, 1961. II vols.

⁴⁷ G. SALVEMINI: *La politica estera d'Italia (1871-1914)*. Firenze, 1944, pp. 77-78.

⁴⁸ Vid. C. GIGLIO: *L'impresa di Massaua (1884-85)*. Roma, 1955.

En pp. 176 y ss. el autor concluye la tesis del libro con las siguientes aseveraciones:

— Inglaterra no empujó a Italia a Massaua como siempre se había dicho. Es, al contrario, verdad que fue Italia quién hizo insistentes presiones durante cerca de dos meses para obtener el beneplácito inglés.

— Inglaterra apoyó a Italia para obtener el «placet» egipcio y para calmar la reacción turca. Fue una concomitancia de intereses, no completa, entre Italia e Inglaterra. Italia procedió a la ocupación por propio interés y no por hacer de guardián de los intereses ingleses.

vertía en presidente del Consejo y ministro de Asuntos Exteriores en julio de 1887.

Crispi subió, pues, al poder en un momento en el que el sentimiento nacional aparecía, tras ser herido en repetidas ocasiones, salvajemente humillado en África.

Quizá sea uno de los políticos italianos del siglo XIX más controvertido y cuya obra ha despertado más odios y exacerbadas filias. Sigue existiendo aún una polémica despierta entre los historiadores a la hora de valorar en su justa medida la acción política, externa e interna, de Francesco Crispi. Desde aquellos que otorgan un juicio esencialmente negativo a su obra, hasta los que piensan que se debe hacer una distinción entre los conceptos inspiradores de las acciones y los medios con los que se intentan llevar a cabo. Desde éste último punto de vista, podemos ver en Crispi uno de los mejores ejemplos para comprender el destino de aquellas obras que intentan realizarse con grandes ambiciones (no se puede poner en duda el gran amor de Crispi por su patria) sin unos medios adecuados y de una forma que raya, y transpasa en ocasiones, la constitucionalidad, para lo cual la relación de Crispi con el Parlamento es el mejor ejemplo. Sobre Crispi, afirma Salvemini ⁴⁹:

«A través de las duras experiencias de una vida tempestuosa, había conservado intacto el entusiasmo patriótico de los años juveniles; pero había conservado intacto también de los años juveniles un ardiente amor por su propio país: lo llamaba "Italia mía". Pero ignoraba la medida, en esto, como en todos sus sentimientos. Era un agitado en la vida pública, como era un desordenado en la vida privada. Se lanzaba con la cabeza agachada (en el original: "a testa bassa", simil de la embestida de un animal) contra los obstáculos, en vez de darlos la vuelta con prudencia escéptica o temporizadora, como hacía Depretis, o de tratarlos con ironía tranquila de gran señor, como hacía Robilant.»

Crispi introdujo a Italia en una nueva fase de sus relaciones internacionales. Unos años (1887-1896) caracterizados por sobresaltos constantes, ambiciones y jugadas diplomáticas con poco cuidado en el análisis de las relaciones internacionales de cada momento, esperanzas de grandes logros que se convirtieron en grandes derrotas. En definitiva, una personalidad que, como continúa afirmando Salvemini, «tenía en la acción diplomática los mismos desequilibrios de pensamiento, la misma intemperancia de lenguaje, que se encuentran a cada paso en sus discursos parlamentarios, tanto de opositor como de ministro, y que provocaban inútiles incidentes y le multiplicaban sin necesidad los enemigos».

Veamos a continuación, de forma esquemática, las principales líneas

⁴⁹ G. SALVEMINI: *op. cit.*, p. 85.

de actuación de Crispi en política exterior durante los años 1887 a 1896 ⁵⁰:

A) Integración cada vez más profunda en el marco de la Triple Alianza. Crispi sacrificó las aspiraciones irredentistas, de las que él mismo había sido importante valedor, en pro de una mejor situación internacional de Italia alejada de la posibilidad de aislamiento.

Profundización en la Triple Alianza que pasaba por el estrechamiento de lazos con la Alemania bismarckiana. En octubre de 1887, Crispi se entrevistaba con Bismarck en Friedrichruhe. En esta entrevista los dos estadistas decidieron la creación de una convención militar italo-alemana que sería firmada en febrero de 1888. En ella se establecía que, en caso de guerra entre la Triple Alianza, por un lado, y Francia y Rusia, por otro, Italia enviaría inmediatamente cinco cuerpos de ejército a los Alpes. La ambigüedad que mantenía Italia en el Tratado original de 1882 se transformaba así en un compromiso militar real.

Bismarck esperaba de este encuentro que, en primer lugar, Francia se preocupara por lo que alemanes e italianos pudieran estar tramando en contra de ella y, en segundo lugar, halagar la vanidad del nuevo presidente del Consejo de Italia recibéndolo con grandes honores. Los dos objetivos fueron conseguidos a plena satisfacción. Además, Bismarck se encontró con la agradable sorpresa de que Crispi le proponía una alianza militar más estrecha. Opción que no pudo rechazar.

B) Antagonismo con Francia. Las diferencias entre ambos Estados provenían del enfrentamiento de sus respectivos intereses en el campo económico, político y colonial.

Desde el punto de vista económico, la ruptura del Tratado Comercial de 1881, en 1888, supuso el comienzo de una guerra aduanera que se alargó hasta 1898, fecha de la firma de un nuevo Tratado Comercial.

Italia era la peor parada en este conflicto, no sólo en el terreno comercial, sino también y fuertemente, en el terreno financiero: de aquí en adelante, París se negará a admitir con la facilidad acostumbrada los empréstitos italianos, que, en consecuencia, se dirigirán a Berlín.

A partir de 1896 el clima de tensión comenzará a desaparecer hasta concluir el mencionado Tratado Comercial de 1898, paso previo al acuerdo italo-francés de 1902 que cambiará por completo las relaciones entre ambos Estados.

Desde el punto de vista político, la preocupación de Crispi por el «problema católico», quizá ya excesiva a esas alturas, causaba también otro punto de enfrentamiento con Francia. Las tradicionales relaciones de los

⁵⁰ Durante los años 1891-1893 Crispi no estuvo en el poder. Este periodo, que divide en dos fases la era crispina, se caracterizó por el recogimiento colonial y, en general, de toda la política exterior. En cierto sentido se trataba de calmar los ánimos que el siciliano había levantado en contra de Italia, fundamentalmente en lo que se refiere a las relaciones con Francia.

católicos con la vecina república ponían en peligro no ya la existencia de la unidad italiana, como en los primeros años 70, pero sí el reforzamiento de una oposición que desestabilizaba aún más la ya de por sí inestable situación interna del país apenino.

Sin embargo, los problemas más claros van a venir a consecuencia de las políticas coloniales de ambos Estados.

Francia, situada en Argelia, Túnez y con claras ambiciones sobre Marruecos, era el principal obstáculo a las pretensiones italianas en la zona. La preocupación de Crispi por la numerosa colonia italiana en Túnez y por la posible expansión de Francia hacia el Este, Tripolitania, tenían siempre en constante vigilancia a la diplomacia italiana. Pero no sólo en el Mediterráneo coincidían las zonas de interés de ambas potencias; también en el África Oriental, Francia e Italia, con posesiones en la costa del mar Rojo, pugnaban por hacerse con la preminencia la una sobre la otra.

La decisión de Italia de poner fin al régimen de las capitulaciones en Massaua, en abril de 1888 ⁵¹ levantó la indignación y la protesta de Francia. Pero sólo fue el comienzo de una larga pugna en la zona: a partir de 1893 ⁵², cuando, por un lado, se afianza la amistad franco-rusa y, por otro lado, Italia comienza de forma más abierta su penetración en Etiopía, aparecerá cada vez más claro el apoyo francés a la causa del negus Menelik en su lucha por desembarazarse de los italianos.

C) Por último, Francesco Crispi va a llevar a cabo una activa política colonial que acabará con su vida parlamentaria y pública.

Italia no contaba con experiencia colonial. Sus pocos años de vida desde la unificación lo impedía. Sin embargo, a finales de siglo las grandes potencias se lanzan, en una loca carrera, a la búsqueda de los «espacios vacíos», de aquellos territorios que aún no ocupa otra potencia. Actitud que, por otra parte, llega a poner a Europa en peligro de guerra en más de una ocasión. Es el choque de los imperialismos, la lucha entre los más fuertes por la disputa de territorios. Italia, pues, ha de jugar la baza colonial si aspira ser una de esas grandes potencias europeas. Se introduce, por tanto, en el ambiente de la época.

La frustración de Túnez lleva a Italia a poner sus miras en Tripolitania, zona geográficamente también cercana a la península. Pero la situación internacional no permite por el momento ninguna alteración del *statu quo* en el Norte de África. Sólo quedaba un territorio al cual se pudiera aspirar con ciertas garantías de un rápido y fácil éxito: las costas etíopes del mar Rojo.

⁵¹ Vid. F. CRISPI: *Politica estera: Memoria e documenti*. Milano, 1912, pp. 248-255.

⁵² En diciembre de este año, Crispi volvía al poder después de un intervalo de más de dos años, como ya se ha señalado anteriormente, en los que gobernaron Rudini (febrero 1891-mayo 1892) y Giolitti (mayo 1892-noviembre 1893).

Crispi nunca se había señalado por sus ideas colonialistas; pero la derrota inesperada y humillante en Dogali arrastra al estadista a negarse a la retirada de aquellos territorios. Al principio se comenzó con éxito: en 1889 nació la colonia Eritrea y por medio del Tratado de Ucciali el Imperio del Rey de Reyes (Negus Neghesti) Etiopía, se convertía, según la versión italiana, en un protectorado del reino de Italia. Un año después el negus Menelik denunciaba el Tratado y comenzaba a enfrentarse abiertamente a los italianos con el apoyo de Francia y Rusia.

La política colonial continuó su avance expansionista en el territorio, hacia el Oeste y el Sur, poniendo progresivamente de forma más clara la impreparación y falta de medios de los italianos, máxime teniendo en cuenta el territorio que tenían que abarcar y el incremento del número de sus enemigos.

Las relaciones entre el jefe militar Baratieri, y el Gobierno italiano no eran buenas. Por un lado, desde Italia llegaban órdenes, ya en 1895, de restringir las conquistas y licenciar unidades militares para evitar una serie de gastos que se consideraban excesivos para el país ⁵³; por otro lado, Baratieri consideraba que la defensa de las fronteras exigía, como mínimo, las fuerzas de las que disponía más una serie de fuerzas de reserva para los problemas que se avecinaban al no alcanzar ningún acuerdo político con Menelik.

En la primavera de 1895, Baratieri entraba en la región etíope del Tigré, gobernada por el ras Mangasciá que pidió ayuda al emperador Menelik. En octubre del mismo año, los italianos ocupaban militarmente toda la región. Menelik les lanzó un ultimátum: el abandono del Tigré o la guerra. Pasada la época de lluvias y cuando consideró que disponía de fuerzas suficientes lanzó a su ejército, de aproximadamente 100.000 hombres, hacia las tierras del Norte ⁵⁴.

La defensa del Tigré estaba basada en tres posiciones fundamentalmente: Amba-Alagi; Macallé y Adua.

Amba-Alagi cayó con 2.200 de sus 2.500 hombres el 7 de diciembre de 1895. El escándalo en Italia después de esta grave derrota (en la que pereció el propio comandante Toselli, jefe de la guarnición, y 18 de sus oficia-

⁵³ El presupuesto anual de la colonia, incluyendo todos los gastos, ascendía a nueve millones de liras.

⁵⁴ Para el desarrollo de la política colonial italiana desde sus inicios hasta la caída de Crispi, la obra de R. BATTAGLIA: *La prima guerra d'Africa*. Torino, 1958, sigue siendo uno de los trabajos más importantes. De gran interés son también las memorias del general BARATIERI: *La campagna italiana en Africa (1892-1896)*. Edición en castellano en Madrid, 1902. Como responsable de las operaciones militares que condujeron al desastre, trata de explicar cuáles fueron las causas que condujeron a la derrota. Para seguir las operaciones militares de la campaña de Etiopía es también muy útil, además de amena, la obra de A. GAIBI: *Manuale di Storia politico-militare delle colonie italiane*. Roma, 1928.

les) fue muy sonoro. El día 17 de diciembre, Crispi solicitaba a la Cámara un crédito extraordinario de 20 millones de liras con el fin de poner a salvo el territorio enviando más refuerzos. El día 20 se aprobará el crédito.

La cabeza de Baratieri corría peligro. El propio Crispi acusó ante la Cámara al general de toda responsabilidad sobre el desastre, afirmando que no era una derrota de aquéllas a las que se puede acusar a un Gobierno. Fue la última vez que Crispi obtuvo la solidaridad de la Cámara.

La segunda gran derrota, que en Italia se presentó como una victoria aludiendo al derroche de valor de sus soldados, se produjo en el fuerte de Macallé, a unos 65 km. al Norte de Amba-Alagi. La guarnición estaba compuesta por 1.200 hombres que resistieron diecisiete días (del día 1 al 17 de enero de 1896) los ataques consecutivos y el posterior bloqueo del ejército de Menelik. El mismo día 17, el negus daba orden a sus soldados de que dejaran salir del fuerte al enemigo con armas y bagajes. ¿por qué realizó Menelik esta acción? No se sabe nada de cierto, únicamente se conoce que el día 17 de enero llegó a Menelik un mensajero del cuartel general de Baratieri. Después de recibirlo tomó la inesperada decisión. Lo más fácil de creer es que en aquél mensaje se propusieron unas hipotéticas negociaciones de paz.

La crisis en la colonia coincidía con una crisis interna en Italia, que ponía en peligro la cabeza de Crispi. Las derrotas en Etiopía no hicieron más que acentuarla. Por ello, Crispi necesitaba a toda costa una gran victoria, una batalla definitiva. Justamente lo que exigía a Baratieri en el controvertido telegrama que le envió el 25 de febrero de 1896. Muchos son los autores que cifran en este hecho la lucha desesperada de Baratieri en Adua. Sin embargo, se sabe a ciencia cierta que cuatro días antes de que se enviase el telegrama, el rey Humberto había firmado un decreto que destituía a Baratieri como comandante en jefe de las fuerzas italianas del África Oriental, siendo sustituido por el general Baldissera.

Baratieri se defiende en sus memorias afirmando que él no conoció su destitución hasta el día 4 de marzo, tres días después de la derrota de Adua.

Sea como fuere, Baratieri decidió en Consejo de Guerra, celebrado el 28 de febrero, atacar al ejército de Menelik acantonado en torno a Adua, la noche del 29 de febrero al día 1 de marzo ⁵⁵.

⁵⁵ Teniendo en cuenta las cifras que aporta GATBI en *op. cit.*, pp. 102 y ss., las fuerzas italianas estaban compuestas por 14.159 hombres y 56 piezas de artillería. El cuerpo de operaciones fue dividido en cuatro columnas:

— Columna derecha: Al mando del general Dabormida, compuesta por 3.800 hombres y 18 piezas.

— Columna central: Al mando del general Arimondi, compuesta por 2.493 hombres y 12 piezas.

— Columna izquierda: Al mando del general Albertone, compuesta por 4.976 hombres y 14 piezas.

Los italianos basaban su fuerza en la sorpresa y la utilización masiva de la artillería. Sin embargo, nada salió como se había previsto, fue un auténtico desastre. Las columnas de ataque perdieron el contacto entre ellas y llegaron por separado al choque con el enemigo.

Los batallones italianos fueron siendo aniquilados a medida que iban llegando. En las primeras horas de la tarde del día 1 de marzo, cesó el combate. Los italianos perdieron, aproximadamente, 6.600 hombres, (de los cuales 5.000 eran italianos y 268 oficiales), fueron heridos 1500 y 1800 cayeron prisioneros.

El día 5 de marzo, sin esperar la censura de la Cámara, Crispi anunció la dimisión de su Gobierno. De esta forma acabó su vida política, mediante lo que Salvemini ha llamado «una de las más insensatas aventuras coloniales que registra la historia del siglo XIX»⁵⁶.

Adua, según Cataluccio, fue el resultado lógico de una acción colonial llevada a cabo con fuerzas inadecuadas, con insegura visión de las exigencias económico-militares, con improvisación de medios y de hombres y más por entusiasmo de exploradores y comerciantes o por intuiciones de potencia de algunos políticos⁵⁷.

Desde 1896 hasta 1900, la política exterior italiana entrará en una fase de recogimiento en el aspecto colonial y en un intento de flexibilizar unas relaciones internacionales que Crispi había convertido en extraordinariamente rígidas.

— Columna de reserva: Al mando del general Ellena, compuesta por 4.150 hombres y 12 piezas.

⁵⁶ G. SALVEMINI: *op. cit.*, p. 103.

⁵⁷ E. CATALUCCIO: «La política coloniale dei secoli XIX e XX», en *Questione di Storia Contemporanea*, Milano, 1952, a cura de Ettore ROTA, vol. I, p. 327.